

El precio y el color del azúcar en algunos filósofos del siglo XVIII

Gerhardt Stenger

▶ **To cite this version:**

Gerhardt Stenger. El precio y el color del azúcar en algunos filósofos del siglo XVIII. Travesía, 2010, 12, pp.231-240. hal-04027435

HAL Id: hal-04027435

https://nantes-universite.hal.science/hal-04027435

Submitted on 13 Mar 2023

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.



Distributed under a Creative Commons Attribution 4.0 International License

Travesía, N° 12, 2010, ISSN 0329-9449, pp. 231-239

El precio y el color del azúcar en algunos filósofos del siglo XVIII[1]

Gerhardt Stenger
Universidad de Nantes-Francia
gerhardt.stenger@wanadoo.fr

El capítulo cinco del libro XV del *Espíritu de las Leyes* (1748), titulado "De la esclavitud de los negros" (Monstequieu, 1964:620), es sin lugar a dudas uno de los más celebres. Montesquieu combate, a su manera, esta práctica ancestral que considera injustificable desde el punto de vista humano y condenable desde los principios universales. Se sabe que mucha gente, hasta no hace mucho tiempo, consideró a la trata de los Negros y su esclavización como legítima. Poco tiempo antes de que el tristemente famoso Código Negro fuera sancionado en 1685 un negociante y economista francés, llamado Jacques Savary (1622-1690), explicaba con aire sabio:

> Este comercio parece inhumano a aquellos que no saben que estas pobres personas son idólatras o mahometanos y que los mercaderes cristianos, que los compran a sus enemigos, los sacan de una esclavitud que es cruel y hacen que encuentren en las islas donde estos son llevados, no solo una servidumbre mas dulce sino también el conocimiento del verdadero Dios y el camino hacia la salud por medio de las buenas instrucciones que les dan los sacerdotes y religiosos quienes se toman la preocupación de hacerlos cristiano; puede considerarse que sin estas consideraciones no se permitiría este comercio (Savary, 1679:106).[2]

De igual modo las autoridades religiosas justificaban la esclavitud. Bossuet en su polémica con Jurieu por ejemplo, sostuvo que la servidumbre provenía de las leyes de una guerra justa y que aquella había sido primitivamente una buena acción; en otras palabras, un rasgo de clemencia (Bossuet, 1747-1749:214). Otros motivos, como se observará más adelante, eran menos nobles y más pragmáticos. De cara a los apologistas de la esclavitud Montesquieu

Recibido: Mayo de 2010 / Aprobado: Julio de 2010

fue uno de los primeros en desafiar su legitimidad y denunciar el egoísmo y la avaricia que están, según él, en el origen de esta institución; es Montesquieu quien ha abierto los caminos para la supresión de la esclavitud durante la Revolución.

El texto en cuestión —unas treinta líneas— propone a través de una apretada argumentación, una supuesta defensa que sirve de *justificación*[3] de la esclavitud: "Si yo tengo que sostener los derechos que nosotros tenemos para esclavizar a los negros, he aquí lo que yo diría". De igual manera por medio de la formulación absurda de los argumentos que se han adelantado, el lector comprende que Montesquieu retoma los sofismas de los esclavistas sólo para denunciarlos. Este recurso a la antífrasis, consistente en emplear una palabra, una frase o un sesgo textual en un sentido contrario al de su verdadero significado, es usado para denunciar la inhumanidad de los esclavistas; en lugar de una defensa, el capítulo representa una *requisitoria*[4] virulenta y sin concesiones contra la trata de los negros.

> Si alguien, dirá Voltaire en 1777, ha combatido para devolverle a los esclavos de todo tipo el derecho de la naturaleza, la libertad, éste es seguramente Montesquieu. Él ha opuesto la razón y la humanidad a todos los tipos de esclavitud: la de los negros que se compran en la costa de Guinea para obtener azúcar en las islas del Caribe […].[5]

Las razones por las cuales los colonos europeos hacían trabajar como esclavos a los negros en sus plantaciones de caña de azúcar son conocidas, para un historiador contemporáneo estuvo permitido

> […] comprar y vender esclavos negros […] porque en América no es posible hacer cultivar las tierras y hacer trabajar en el azúcar a los hombres libres, ya que no hay bastantes de ellos; además, el clima ardiente bajo el cual los negros han nacido los hace infinitamente más apropiados para trabajar en las tierras ubicadas entre los trópicos que a los europeos quienes han nacido en climas mas templados (Le Clerc, 1728:172).

Estos dos argumentos se encuentran al inicio de la falsa defensa de Montesquieu. He aquí lo que dice el esclavista a quien el filósofo le ha dado la palabra: "Los pueblos de Europa habiendo exterminado a aquellos de América han debido poner en la esclavitud a aquellos del África para hacer cultivables tantas tierras". No cabe detenerse en la enorme contradicción existente entre el fin enunciado —hacer cultivables las tierras— y los medios empleados —la esclavitud de los negros luego del exterminio de los indios—. El segundo argumento, de naturaleza puramente económica, aparece solo después: "El

azúcar sería muy caro si la planta que la produce no se hiciera trabajar por los esclavos".

La perfidia del razonamiento salta a la vista: (Pommier, 1993:85)[6] si nosotros queremos seguir usando azúcar en nuestro café y en nuestras pastelerías debemos aceptar el inconveniente consistente en producirla con esclavos. ¿Quién querrá dejar de usar azúcar? Pero observemos la cuestión más de cerca. Cuando el apologista de la esclavitud sostiene que el azúcar sería "muy" cara, en realidad invierte el orden de las cosas: en lugar de presentar a la esclavitud como un medio (vergonzoso) en vista de mantener el precio del azúcar en un nivel razonable, la presenta como una consecuencia *ineluctable*[7] del buen precio. Él sabe muy bien que nosotros no deseamos pagar el azúcar en su precio justo, el cual aumentaría sin dudas si se pagara a trabajadores libres para que la produjeran.[8] De este modo no es nuestro confort lo que está en juego sino más bien nuestra avaricia, nuestra negativa a pagar un precio más alto por un producto del que no podemos privarnos. Nosotros tenemos dos factores en juego: el precio del azúcar y el trabajo humano. Normalmente es el primero el que debería variar en función del segundo. Nuestro esclavista hace variar el segundo en función del primero: en lugar de elevar el precio del azúcar, el elige bajar el del trabajo humano, es decir transformarlo en inhumano. Lo que condena a los negros a la esclavitud es el precio del azúcar, pues si ellos fuesen tratados como hombres y no como esclavos el azúcar sería necesariamente más cara. Reformulemos el argumento en relación a nuestra realidad actual: "nuestro calzado deportivo sería más caro si no lo fabricaran niños del Tercer mundo". Después del siglo XVIII el problema no ha cambiado: las naciones industrializadas no pueden conservar su nivel de vida elevado si una parte del mundo vive y trabaja en condiciones inhumanas e indignas. Nuestro lujo está en este precio.

El autor del *Parfait négociant*, como ya lo observamos, había recurrido a argumentos religiosos para defender la esclavitud: él trataba de garantizar a los esclavos la salud de su alma. Cincuenta años más tarde, su hijo, Jacques Savary des Bruslons (ou Brûlons) amplió la piadosa argumentación hecha por su padre al considerar aspectos más materiales:

> Los europeos practican después de algunos siglos el comercio de estos infelices esclavos, que sacan de Guinea y de otras costas de África para sostener las colonias que han establecido en muchos sitios de América y de las Islas Antillas. Es difícil de justificar el comercio de los negros; sin embargo es cierto que estos miserables esclavos encuentran en general su salud en la pérdida de su libertad, además, la razón de la instrucción cristiana que se les da [...,] unida a la indispensable necesidad que se tiene de ellos para realizar el cultivo de las plantaciones de caña de azúcar, tabaco, índigo, etc. suavizan esto que parece inhumano en un negocio donde los hombres son la mercancía de otros

> hombres, y los compran del mismo modo que a las bestias para cultivar sus tierras (Dictionnaire universal de commerce, 1723:857).[9]

Este corto texto que valora tanto las razones religiosas como las económicas —a la luz de la indispensable necesidad que tienen los colonos para cultivar la caña de azúcar, el tabaco, etc.— con el fin de justificar la esclavitud, va a sufrir más tarde dos modificaciones. Este texto será retomado en el artículo *Nègres* (*commerce)* de la *Encyclopédie*, que fue escrito por el ingeniero Jean-Baptiste-Pierre Le Romain, quien le introdujo un cambio radical en su sentido. Si bien Le Romain copió el artículo casi palabra por palabra, rechaza de un modo enfático los argumentos del texto original a favor de la esclavitud:

> Los europeos hacen después de algunos siglos el comercio de estos infelices esclavos, que sacan de Guinea y de otras costas de África para sostener las colonias que han establecido en muchos sitios de América y de las Islas Antillas. Se trata de justificar lo que este comercio tiene de odioso y de contrario al derecho natural diciendo que estos esclavos encuentran en general la salud de su alma en la pérdida de su libertad, y que la instrucción cristiana que se les da se une a la indispensable necesidad que se tiene de ellos para realizar el cultivo de las plantaciones de caña de azúcar, tabaco, índigo, etc. para suavizar esto que parece inhumano en un comercio donde los hombres compran y venden a otros hombres como se haría con las bestias para cultivar sus tierras.[10]

A través del uso de algunas palabras ("Se trata de justificar lo que este comercio tiene de odioso y de contrario al derecho natural"), el autor sigue el sentido contrario del artículo en el cual se ha inspirado y en el que la esclavitud apenas es cuestionada ("Es difícil de justificar el comercio de los negros"), si bien no se sabe cuál es el escrúpulo que le impide justificarla totalmente. Sin embargo la modificación más importante que este artículo sufrió se halla en una edición posterior del mismo *Dictionnaire*. Esta obra fue anunciada por su autor en 1713 en las páginas del *Journal de Savants*, pero la primera edición del *Dictionnaire universel de commerce* de Savary des Bruslons (1657-1716) fue publicada, en realidad, diez años más tarde por su hermano, el abad Philémon-Louis Savary, ya que el autor del *Dictionnaire* había muerto antes de que su obra fuera impresa. Además, hubo otras ediciones en los años 1730 y 1726-1732. Pero la mejor edición fue la que se publicó entre 1759 y 1765 en Ginebra en cinco volúmenes in folio. El artículo *Nègres* apareció en el tomo III en 1761 y se vio beneficiado por un importante añadido. En efecto, después de referir "el cultivo de las plantaciones de azúcar, tabaco, índigo, etc." puede leerse la siguiente nota aclaratoria: "Vea en relación a este aspecto L'Esprit des lois, liv. XV, ch. 5. El azúcar, dice él, sería muy cara si no se hiciera trabajar por esclavos a la planta que la produce".[11] La referencia del *L'Esprit des lois* entre

paréntesis así como la púdica omisión del nombre de su autor —Savary des Bruslons probablemente tenía escrúpulos en atribuirle a Montesquieu las intenciones de un esclavista ficticio— tienen la función de legitimar el uso de los esclavos para mantener el precio del azúcar en un nivel aceptable. Un año más tarde apareció una edición abreviada del *Dictionnaire*, la cual, bajo el título de *Dictionnaire portatif de commerce*, aborda la cuestión de manera directa, sin rodeos. He aquí como comienza el artículo *Négres*:

> Los europeos practican después de algunos siglos el comercio de estos infelices esclavos, que sacan de Guinea y de otras costas de África para sostener las colonias que han establecido en muchos sitios de América y de las Islas Antillas. Es difícil de justificar el comercio de los negros; pero se lo necesita de un modo indispensable para los cultivos de las plantaciones de azúcar, tabaco, índigo, etc. El azúcar, dice el Sr. De Montequieu, sería muy cara si no se hiciera trabajar por esclavos a la planta que la produce.[12]

Se constata en una primera lectura que el argumento religioso, considerado como muy engañoso o inapropiado, ha desaparecido. Este argumento no sirve ya más para fundamentar un cálculo económico y *legitimar a la esclavitud*.[13] El autor dice que es difícil de justificar la esclavitud. Sin embargo reconoce que "el Sr. De Montesquieu" admite que es absolutamente necesaria para que Europa tenga azúcar a buen precio. ¡Él actúa de mala fe al situar al filósofo bajo su estandarte!

Diez años después de la publicación de *L'Esprit des lois*, otro filósofo, Claude-Adrien Helvétius, publicó una obra titulada *De l'esprit* (1758), en la cual además de abordar otros temas examina la espinosa cuestión del lujo. Para algunos, tal es el caso de Mandeville, Melon o Voltaire, el lujo constituía la fuerza y la felicidad de una nación. Para otros, tales como Fénelon o Rousseau, éste era funesto. En el cuadro que Mirabeau esbozó en *L'Ami des hommes* (II.5) el lujo resulta aterrador, ya que es considerado como la figura del mal absoluto, el peligro supremo de las civilizaciones, que pone en evidencia que éste no pertenece al orden de la economía sino a otro que la ha superado y dominado. A su vez, Helvétius sostiene que el poder de un Estado que se funda en el lujo es ilusorio debido a que la población tiende a disminuir a causa del "*consumo de los hombres producido necesariamente por un gran comercio*" (Helvétius, 1758:25).[14] En una nota añadida a esta frase Helvétius precisa su pensamiento:

> Este consumo de los hombres es sin embargo grande, no se puede considerar a aquel que se hace con América sin estremecerse […] Si se calcula el número de hombres que mueren tanto en las guerras como en la travesía que va de África a America; si se suman aquellos negros que llegados a su destino devienen en

> víctimas de los caprichos, de la codicia y del poder arbitrario de un patrón; y si se añaden a este número aquellos ciudadanos que perecen por el fuego, el naufragio o el escorbuto; en fin, si se agregan aquellos marineros que mueren durante su viaje a Santo Domingo, o por las enfermedades causadas por la particular temperatura de este clima, o por las consecuencias de un libertinaje siempre peligroso en este país: se convendrá que no hay un barril de azúcar que arribe a Europa que no esté teñida de sangre humana. ¿Qué hombre a la vista de las infelicidades que ocasiona el cultivo y la exportación de esta mercancía, se negaría a privarse y no renunciaría a un placer comprado con las lágrimas y la muerte de tantos infelices? Desviemos nuestra mirada de un espectáculo funesto y que provoca tanta vergüenza y horror a la humanidad.

Al abandonar Helvétius la ironía mordaz pero poco explícita de Montesquieu, enfrenta a sus lectores con el precio *pagado por los esclavos*[15] para que el precio real del azúcar pagado por los europeos no sea tan elevado: el blanco inmaculado del azúcar está teñido, en realidad, del rojo de la sangre de aquellos que la producen. El efecto de esta idea era seguro, pues cuando Diderot leyó esta página de Helvétius escribió al margen del pasaje que se refiere a los barriles de azúcar: "Estas dos líneas han envenenado toda el azúcar que yo comeré en mi vida y que a mí me gusta tanto" (Diderot, 1975:278). Pero es Voltaire quien un año más tarde le dará a la amarga observación de Helvétius un mayor alcance cuando potencie la fuerza polémica que ésta encierra. Al inicio del capítulo 19 de *Candide*, el héroe epónimo de la novela y su compañero Cacambo encuentran en la Guyana holandesa un esclavo negro, el famoso negro de Surinam, a quien le falta la pierna izquierda y la mano derecha. La víctima les explica que las mutilaciones tienen dos orígenes, el accidente y la represión: "Cuando nosotros trabajamos en los ingenios y la muela nos agarra el dedo ésta nos corta la mano; cuando nosotros queremos huir se nos corta la pierna: yo me he encontrado en los dos casos" (Voltaire, 1994:261).[16]

Desde el inicio del texto el lector es enfrentado a la imagen física de las consecuencias del esclavismo caracterizado por su violencia. Este aspecto es puesto de relieve por el tono falsamente despreocupado que Voltaire utiliza para describir la escena, pero el horror de la situación que se describe resulta perceptible. Se observa el anonimato de un sistema feroz que actúa de acuerdo a las autoridades, "*es la costumbre*" comenta de manera sobria el esclavo algunas líneas mas arriba (Voltaire, 1994:261).[17] El lector es, pues tranquilizado ya que nada se puede hacer por estos infelices esclavos. En las colonias la vida es dura pero es el destino, o la costumbre, que lo quiere así. Sin ninguna transición el texto gira sobre la subjetividad argumentativa que resume la situación a través de una frase tensa e incisiva: "este es el precio al cual ustedes consumen el azúcar en Europa". Ahora bien, mientras Helvétius había enumerado a todas las víctimas causadas por el comercio triangular —no sólo los esclavos,

quienes eran los primeros involucrados, sino también los marineros—, Voltaire dirige su crítica a la práctica misma de la esclavitud, a la que denuncia con una temible eficacia cuando señala claramente el costo real del azúcar: "este es el precio". Pero no se trata de una suma de dinero cualquiera, un monto excesivamente elevado para el espíritu del consumidor, sino de los sufrimientos soportados por aquellos quienes producen, presionados y forzados, este producto para los europeos. Entonces, en la novela, se produce el cambio decisivo. Al ver los infortunios del esclavo, al escuchar su relato, el héroe rechaza por primera vez la filosofía de su venerado maestro: "¡Oh Pangloss! Exclamó Candide, tu no has adivinado esta abominación; es este hecho el que hará que al fin yo renuncie a tu optimismo" (Voltaire, 1994:262). El encuentro con el negro de Surinam afecta el optimismo de *Candide* tal como no lo habían hecho antes el contacto con la guerra, la sífilis, un terremoto y mil otros flagelos.

Montesquieu, Helvétius, Voltaire, cada uno a su manera a puesto en evidencia la desproporción entre la ventaja ínfima que se obtenía con un producto menos caro y el tratamiento escandaloso infligido a los hombres tras la obtención de este pequeño beneficio, es decir, la asimetría monstruosa entre la despreocupación de los europeos y los sufrimientos de aquellos que están a su servicio en las colonias. Cada uno ha deseado hacer reflexionar a todos aquellos que pensaban que la suerte de los "*negros*" no les concernía. El precio del azúcar es efectivamente muy elevado, no para los europeos que la consumen sino para el esclavo que la tiñe con su sangre. El ejemplo del azúcar muestra que el consumidor europeo es cómplice de la esclavitud. Por ello cuando la economía prima sobre la moral el placer de unos es el resultado del sufrimiento de otros.

Notas

[1] Traducción del francés de Marcelo Figueroa, ISES (UNT-CONICET).

[2] Esta obra apareció por primera vez en 1675 y tuvo un suceso considerable además de numerosas traducciones y reediciones, hasta el siglo XIX.

[3] En cursivas en el original. N. del T.

[4] En cursivas en el original. N. del T.

[5] *Commentaire sur l'Esprit des lois*, "*Esclavage*". Citado en *Oeuvres complètes*, Paris, Garnier, 1877-1885, t. XXX, p. 445.

[6] Nuestro comentario de Montesquieu está inspirado, de un modo íntimo, en Pommier, René (1993): *Explications littéraires (deuxieme série)*, Paris, SEDES.

[7] En cursivas en el original. N. del T.

[8] *Traité de législation* (1835), Paris, Chamerot et Ducollet, pp. 363-365. Según las cifras referidas por Charles Comte, en el siglo XIX el azúcar era más cara en los países donde su cultivo se hacía con manos esclavas que en aquellos en los que se producía con manos libres: "En el Cabo de Buena Esperanza la jornada de trabajo de un esclavo, que no vale más que la mitad de la de un hombre libre, se paga a dos francos con cincuenta céntimos y en Louisiana se paga un poco más de cinco francos, aquí la jornada de trabajo de un hombre libre vale más del doble debido a que el numero de esclavos es más considerable. En nuestras colonias el precio de la jornada de trabajo de un esclavo es un poco más elevada pues se aproxima a los cuatro francos, suponiendo que la jornada cueste tres francos el plantador de las colonias deberá, si se sigue esta suposición, desembolsar por la jornada de trabajo de un esclavo una suma diez veces mas alta que la destinada en la India por un cultivador para la paga de la jornada de un hombre libre, por ello en este último país un trabajador libre se halla satisfecho con treinta céntimos por día. […] La cantidad de azúcar que se consumía en Francia hasta hace pocos años (1826) era de aproximadamente sesenta y cuatro millones seiscientos mil kilogramos. Esta azúcar, a razón de ciento siete francos con treinta céntimos los cien kilos costaría a Francia sesenta y nueve millones trescientos quince mil ochocientos francos. Si en lugar de comprar el azúcar en las islas donde existen nueve esclavos por cada dos personas libres la comprásemos en una isla donde hay la mitad de esclavos, nosotros no la hubiéramos pagado más que a cuarenta y nueve millones noventa y seis mil francos, es decir, hubiésemos economizado veinte millones doscientos diecinueve mil ochocientos francos. Si nosotros hubiéramos comprado el azúcar en los países donde las labores agrícolas son realizadas por trabajadores libres, se habría economizado más y hubiésemos pagado cerca de treinta millones menos".

[9] Articulo *Négres del Dictionnaire universal de commerce* (1723), Paris, Estienne, t. II.

[10] *Encyclopédie*, t. XI, p. 79.

[11] *Dictionnaire universal de commerce, d'histoire naturelle, et des arts et métiers* (1759-1765), Copenhague [Genève], Philibert, t. III, col. 1096.

[12] *Dictionnaire portatif de commerce* (1761-1762), Copenhague [Genève], Philibert, t. VI, p. 11.

[13] En cursivas en el original. N. del T.

[14] La palabra "consumo", que designa el "gran uso que se hace de ciertas cosas, de ciertos productos" (*Dictionnaire de l'Académie française*, 1762), es usada en este contexto de un modo evidente como sinónimo de la palabra muerte.

[15] En cursivas en el original. N. del T.

[16] El pasaje referido al negro de Surinam no figura en la primera versión de *Candide* que conocemos gracias al manuscrito llamado *La Vallière*. El pasaje en cuestión fue añadido después de la lectura de *L'Esprit* de Helvétius mientras que la novela fue publicada en enero de 1759.

[17] La palabra "costumbre" se relaciona con el *Code Noir* que gradúa las faltas y las sanciones. Por ello, el *Code* tenía por función humanizar la barbarie de los propietarios. Voltaire la hace un instrumento de esta acta despiadada. Se ha señalado ya que Voltaire asume la inverosimilitud del hecho de poner bajo la órbita del *Code Noir* francés a un esclavo holandés.

BIBLIOGRAFÍA

MONSTEQUIEU (1964): *Oeuvres complètes*, Paris, Seuil.

SAVARY, Jacques (1679): *Le parfait négociant*, Paris, Billaine.

OEUVRES DE BOSSUET (1747-1749), Paris, Coignard, t. IV.

LE CLERC, Jean (1728): *Historire des Provinces-Unies et des Pays-Bas*, Amstedam, Châtelain, t. II.

POMMIER, René (1993): *Explications littéraires (déuxieme série)*, Paris, SEDES.

HELVÉTIUS (1758): *De l'esprit*, Paris, Durand, t. I., (cap. 3).

DIDEROT (1975): *Oeuvres completes*, Paris, Hermann, t. IX.

VOLTAIRE (1994): *Romans et contes en vers et en prose*, Paris, Librairie générale française.